

CAPÍTULO XIII. *De cómo la ciega gentilidad adoró por dioses cosas vivísimas; y se prueba con ellas el castigo grande que fue dejarlos caer en tan grandes y detestables errores*



O HAY QUE MARAVILLAR DE QUE LOS HOMBRES, dejados de Dios y entregados a los deseos del demonio, hagan cosas que más son de bestias y brutos que de hombres de razón; porque como siempre ha puesto solicitud y cuidado en despeñarlos por senderos de bestialidad e ignorancia, por hacerse señor absoluto de todas las voluntades, de aquí ha nacido el ponerlos en estado tan vil y despreciado, como es y ha sido el de la idolatría, en el cual tan ciegos han andado, como hemos dicho y en el capítulo presente diremos, comenzando de los egipcios, como de aquellos que fueron los primeros maestros de esta mala doctrina y secta, los cuales llegaron a tanta bestialidad, que parece que ya dejaban de ser hombres y eran totalmente bestias. Dejado aparte lo que hemos dicho de estas ciegas gentes, que adoraron los cuerpos celestiales, que ya en alguna manera parecía tener hermosura y ser, que obligase a tenerles alguna reverencia, por calidades y propiedades, que en ellos concurren, pasó adelante su calamitosa miseria, que se derribaron a recibir por dios y dioses a cosas vilísimas, de quien imaginaban que alguna virilidad y provecho se les seguía, porque juzgaban que aquello no podía venir sino por voluntad divina y así lo dice Tulio.¹

De aquí fue que los mismos egipcios comenzaron a adorar las bestias y viles animales, de quienes creían venirles algún provecho, y no sólo vi- viendo los adoraban y honraban, pero después de muertos les hacían las obsequias y honras con grandísimo exceso y aparato, como es testigo de esta bestialidad Diodoro en su libro segundo.² Adoraban los gatos y los perros, los bueyes, las ovejas, los genneumones, que son unos animales del tamaño de un gato y llámanlos vulgarmente ratones de la India, los cuales entiendo que son los que nosotros llamamos comadrejas; y Plinio³ dice que son especie o género de avispas; reverenciaban también los halcones, las águilas, los ibides (que son ciertas aves que se parecen a las cigüeñas), a los cocodrillos y a los lobos. Adoraban los gatos, o porque comían los ratones o porque andaban muy quedo, sin hacer ruido ni estruendo, o porque entierran el excremento y estiércol que expelen de las tripas, cuyo mal olor no les daba pena, lo cual dice Plinio⁴ que hacen los gatos porque por su hedor no sean sentidos o porque con los pellejos de estos animales los egipcios cubrían sus rodela y escudos. Los perros honraban y reverenciaban porque cazaban con ellos y porque les guardaban las personas y sus casas de los ladrones y de otras cosas nocivas; y en señal de esto tu-

¹ Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum.

² Diod. lib. 2. cap. 4.

³ Plin. lib. 11. cap. 21.

⁴ Plin. lib. 10. cap. 27.

vieron un dios, que llamaron Annube, que tenía la cabeza de perro. Adoraban el lobo; lo uno, por ser semejante al perro, y lo otro, porque la diosa Iside, yendo con su hijo Oro a pelear contra Tifón, gigante, hijo de la tierra, salió del infierno su marido Osiris, rey que había sido de Egipto, para ayudar a madre e hijo, y en esta ayuda y socorro se les apareció en figura y forma de lobo, por lo cual, muerto Tifón, acordaron los vencedores de dar a atribuir esta honra y victoria a los lobos. Adoraron los bueyes (los cuales llamaban Apis) porque los hallaron muy provechosos para sus labores y a las vacas, porque paren bueyes que aran. A las ovejas, porque paren dos veces en el año y dan lana necesaria para muchos usos de la vida y porque dan queso y leche. Adoraban a los genneumones o comadreas, por razón de pelear (como dice Plinio)⁵ con los áspides y cocodrillos, usando con ellos de esta astucia, que estando los cocodrillo o lagartos fuera de el agua, gozando del sol, se duermen y abren la boca, y cuando los ven dormidos se les meten por ella en las entrañas y les quiebran los huevos y se las rompen y de esta manera los matan; y por esta causa no hay tantos como hubiera que destruyeran la tierra, si este animalejo no tuvieran por contrario; y para hacer guerra y matar al áspide (según el mismo Plinio) se revuelca en el lodo y luego se pone al sol, hasta que se le seca aquella capa de que se ha vestido y luego vuélvese a revolcar otra, y otras muchas veces, hasta que envuelve el cuerpo en una muy gruesa costra de barro; y cuando se siente suficientemente armado del lodo seco, sale contra su contrario, al cual vence y mata con la astucia dicha, sin ofensa de sus vidas, por llevar sus cuerpos tan seguros y reparados; y por esta causa eran adorados.

A éstos y otros muchos animales adoraban, como gente brutal y sin Dios, por sólo ver en ellos algunas condiciones naturales con que Dios los había criado, las cuales les atribuían a ellos, como si de nadie las hubiesen recibido.

Y porque concluyamos en este capítulo, digo que adoraban (según San Clemente⁶ escribe a Santiago el menor) las hediondas y sucias necesarias y letrinas; y lo que es peor y más abominable, y digno de llorar y no de sufrir, ni nombrarse por su nombre, que adoraban al estruendo y crugimiento que hace el vientre cuando despidе de sí alguna frialdad o ventosidad y otras semejantes, que según el mismo santo, es vergüenza nombrarlas y decirlas. ¿Pues qué mayor vileza, ni qué mas vergonzosa e ignominosa abominación? ¿Qué más profunda brutalidad? ¿Qué mayor ceguera, ni qué más conocida degeneración de entendimiento y falta de razón? Pues quien considerare esta suma bajeza a que los hombres, dejados de la mano de Dios, vinieron, verá no ser pequeño castigo éste con que fueron castigados; pues llegaron a sazón y tiempo que aun lo que es desechable de la naturaleza eso estimaron por Dios, privándolos la divina majestad de tan soberano conocimiento y haciéndolos incapaces de él y muy semejantes a las bestias, que no distinguen entre el bien y el mal y en su brutal conocimiento son todas las cosas unas. Todo lo dicho, y otras cosas más, que

⁵ Plin. lib. 8. cap. 24.

⁶ Div. Clem. lib. 5.